



# Joachim Fest

## El hundimiento

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

JOACHIM FEST

# El hundimiento

Hitler y el final del Tercer Reich

Un bosquejo histórico

Traducción de Carmen Gauger

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

## PRÓLOGO

La historia contemporánea no conoce una catástrofe comparable al hundimiento de 1945. Nunca, antes de entonces, se extinguieron tantas vidas, fueron destruidas tantas ciudades y asoladas tantas regiones al derribarse un imperio. Harry L. Hopkins, consejero de los dos presidentes que tuvo Estados Unidos durante la guerra, al contemplar las masas de escombros de Berlín, acudió con razón a una imagen del crepúsculo de la historia y recordó la destruida Cartago.

Lo que sufrieron y soportaron quienes vivieron aquellos tiempos no fueron sólo los inevitables horrores de una derrota, agravada por el poder destructivo de las guerras modernas. Antes bien, en la agonía con la que se apagó el imperio de Hitler pareció actuar una fuerza motriz. Ésta puso todo de su parte para que no sólo terminara su propia dominación sino para que, literalmente, el país dejara de existir. Ya cuando tomó el poder y posteriormente en varias ocasiones, Hitler había declarado que él nunca capitularía, y a principios del año 1945 aseguró a su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below: «Podemos hundirnos. Pero nos llevaremos a un mundo con nosotros».

Hitler sabía desde hacía tiempo que la guerra estaba perdida. Las primeras alusiones a este respecto las hizo ya en noviembre de 1941. Pero aún poseía suficiente fuerza de destrucción. Sobre la base de todas las proclamas por la resistencia y de todos los llamamientos a la

defensa de los últimos meses no deja de percibirse cierto tono de júbilo, como el que se hace evidente en la exclamación de Robert Ley con ocasión de la destrucción de Dresde: «¡Casi exhalamos un suspiro de alivio! ¡Se acabó! Ahora ya no nos distraerán ... los monumentos de la civilización alemana!». Y Goebbels habló de los «muros de cárceles destruidos» que ahora estaban «hechos añicos». Ya en el otoño de 1944 y después, cuando impartió el 19 de marzo de 1945 la así llamada «orden de Nerón», Hitler había ordenado personalmente que se demoliera todo lo que era condición previa para que continuara la vida: fábricas y bases de abastecimiento, calles, puentes y sistemas de canalización, de forma que en manos del enemigo sólo cayera un «desierto civilizatorio».

Los meses del final de la guerra los pasó Hitler en el búnker que había hecho construir a comienzos de los años cuarenta. Desde allí, casi a diez metros bajo tierra, dirigía ejércitos que habían sido derrotados hacía tiempo y trababa batallas decisivas que nunca tendrían lugar. A Claus Schenk von Stauffenberg, el autor del atentado del 20 de julio de 1944, se le atribuye el comentario que hizo a la vista de los cuarteles generales de hormigón del Führer: «Hitler en el búnker: ¡ése es el verdadero Hitler!». En efecto, la mezcla de frialdad, de voluntad destructora ajena a la vida y de patetismo operístico que determinan las decisiones de última hora de Hitler dejan ver muchos de sus más destacados rasgos de carácter, y nada refleja con más exactitud lo que le impulsó a lo largo de su vida que su comportamiento de esas semanas, en las que se aisló del mundo más que nunca. Todo está allí otra vez, condensado y acrecentado: su odio al mundo, la rígida permanencia en esque-

mas mentales adquiridos en época temprana, la tendencia a no pensar las cosas hasta sus últimas consecuencias, lo que contribuyó a que fuera de éxito en éxito tanto tiempo, antes de que todo terminara. Pero todavía era posible organizar, y tal vez de modo más grandioso que nunca, uno de esos magnos espectáculos que le apasionaron durante toda su vida.

Para representarse y comprender lo ocurrido hay que tener presente la indiscutible autoridad que Hitler, pese a la fragilidad física que coinciden en describir todos los observadores, seguía poseyendo. A veces parece incluso que lo provento de su persona y el visible esfuerzo con que se arrastraba por los pasillos aumentaba el carácter sugestivo de sus entradas en escena. En todo caso, casi nadie se atrevía a contradecirle. Acreditados generales y laureados oficiales le rodeaban, silenciosos y con semblantes forzadamente inexpresivos, durante las conferencias diarias. Inmóviles ejecutaban las órdenes recibidas, cuya naturaleza disparatada o carente de sentido no se les ocultaba.

La exposición que sigue ofrece numerosos y no pocas veces impresionantes ejemplos de todas estas circunstancias. Ellos han conferido un dramatismo singular a los hechos. Tanto más asombrosa es la «luz incierta» en la que están inmersos en especial los sucesos acaecidos en el búnker de Hitler. Esta expresión proviene del historiador británico Hugh R. Trevor-Roper, autor de la primera descripción fiable de los «últimos días de Hitler», como reza el título de su relación de los hechos, aparecida ya en 1946. Esa luz apenas ha ganado en nitidez hasta el día de hoy. Ya únicamente sobre la cuestión de cómo se suicidó Hitler existen por lo menos cuatro testimonios de su entorno inmediato. Y lo mismo ocu-

rre con el paradero del cadáver del dictador y de la mujer con quien se casó la noche antes, y con el «asalto» a la cancillería de que hablan las fuentes soviéticas.

Lo inseguro de los hechos se debe en parte a que la investigación crítica, incluido el trabajo de Trevor-Roper, no empezó hasta unos meses después de los acontecimientos, cuando muchos testigos importantes habían desaparecido en los desórdenes de la guerra o estaban prisioneros de los rusos, y era por tanto imposible acceder a ellos. Hasta 1955, a raíz del viaje a Moscú de Adenauer, no regresaron a Alemania numerosos oficiales de las SS que habían pertenecido a la guarnición de la cancillería, ni los militares de la Wehrmacht de la zona de operaciones de Berlín ni tampoco el personal del búnker y ni siquiera los dentistas de Hitler.

Fue entonces cuando inesperadamente se dispuso de una primera serie de personas que podía dar información sobre uno de los sucesos sin duda alguna más impresionantes y de más graves consecuencias de la historia alemana. Sin embargo, se dejó pasar la ocasión de recoger su testimonio. Ni el hecho mismo ni los que de una u otra manera estuvieron inmediatamente implicados en él lograron despertar el suficiente interés. Y eso por diversas razones.

Una de ellas fue, sin duda, que el desplome del Reich se sentía como una catástrofe nacional, pero la nación ya no existía, y el concepto de catástrofe, según aumentaba la distancia temporal, fue víctima de uno de los puntillosos debates alemanes. A muchos les sonaba demasiado a «fatalidad» y a rechazo de culpa, como si lo sucedido hubiera sido la descarga de un nubarrón de la historia aparecido como por encanto. Además, ese concepto no abarcaba la idea de liberación, que para en-

tonces siempre había que tener en cuenta al considerar el año 1945.

Éste fue un primer haz de motivos que explican la extraña indiferencia ante la investigación y al aseguramiento de las fuentes de aquellos hechos. Sólo algunos reporteros versados en historia, por lo general de origen anglosajón, se dedicaron al tema desde los años sesenta e interrogaron a los testigos directos. También tuvo su importancia que, justamente en aquellos tiempos, la ciencia histórica empezara a descubrir la relevancia de las estructuras en el proceso histórico y, dicho de un modo simplificado, a dar más trascendencia a los condicionamientos sociales que a los hechos. Desde entonces, la elemental necesidad de recordar, que está en el inicio de toda observación histórica, fue tachada de «acientífica»; la técnica narrativa, también. Así, todo material histórico de cierto corte dramático quedó al mismo tiempo desacreditado, como si ponerlo a la vista viniera a ser forzosamente una especie de crónica de sucesos de la «prensa amarilla». En general, la preferencia por lo breve y fragmentario que caracteriza a la actual generación de historiadores tiende a evitar los procesos de cierta amplitud, todavía más si éstos poseen una tensión dramática. Pero de vez en cuando el cronista debe dejar a un lado el prisma de aumento. Porque el cuadro de conjunto, en el que siempre está todo con todo, también tiene su importancia y ayuda a comprender más y mejor que ninguna observación detallada.

Con este ánimo ha sido escrita la presente exposición. La idea proviene del artículo sobre el «búnker del Führer» que escribí hace cosa de año y medio para la obra colectiva *Deutsche Erinnerungsorte* [Lugares alemanes de la memoria] editada por Etienne François y Hagen

Schulze. El ensayo, forzosamente breve, que describe al mismo tiempo la historia del palacio de la cancillería de la Wilhelmstrasse, sólo presentaba el último día de la vida de Hitler, así como, en pocas y más bien difusas pinceladas, lo que sucedió después.

Tras la aparición de ese volumen varias personas quisieron saber con qué publicaciones se podía llegar a tener una imagen relativamente detallada del desplome del Reich. Sólo entonces me di cuenta de que, aparte de algunos trabajos, ya superados en muchos pormenores, apenas se disponía de una obra que juzgara con imparcialidad y partiendo del actual estado de la cuestión los atroces hechos de aquellas semanas. Lo mismo vale para la historia posterior, cuando ya había caído el telón y la sangrienta pieza, siguiendo los caprichos de la historia, continuó representándose en el proscenio a lo largo de varias escenas.

Los autores citados con sus trabajos y en parte comentados brevemente al final de este libro han ampliado, con frecuencia de modo considerable, la visión de cómo se desarrollaron los hechos. Pero falta, parece evidente, un cuadro de conjunto que consigne tanto la marcha de las cosas como aspectos importantes del correspondiente trasfondo. Esta exposición tampoco quiere ni puede dar más que un impulso. Se llama a sí misma «bosquejo histórico». En cuatro capítulos narrativos presenta los turbulentos hechos que se desarrollan, bajo la presión de la catástrofe inminente y fatal, tanto dentro del búnker como en una capital que se hunde con desesperación creciente en la vorágine de la destrucción. Entre esos capítulos van intercalados cuatro paréntesis más breves y de carácter reflexivo que recogen algún concepto clave que ha pasado a primer plano en el curso de la acción.

---

Tanto lo uno como lo otro es imprescindible para comprender aquellos terribles quince días. Si una de las misiones de la historiografía es poner a la vista un fragmento de vida vivida, deberá tratar de conseguir una perspectiva lo más amplia posible del hundimiento puesto diligentemente en marcha por Hitler y llevado a cabo con solicitud por tantísimos otros. No tendría que pasar por alto ni las decisiones perfectamente irracionales del mando supremo –y su gestación– ni el miedo y el horror que resultaron de ellas. Tendría también que mostrar el laberinto mental y emocional en que se habían extraviado la mayoría de los actores, sin pasar por alto los toques de grotesca comicidad que se dan en ocasiones y que, durante un instante, llevan el horror a una especie de punto de congelación. Pero en particular, por muy someramente que sea, debería hacer percibir el desconuelo que produce tanto sinsentido, un desconuelo que surge siempre que se contempla el incesante acontecer destructivo en que consiste la historia.

Un país *in extremis*: de eso tratan las páginas que siguen. Y también, necesariamente, de las circunstancias que condujeron a ello y que permiten comprenderlo.

## ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . .	5
CAPÍTULO PRIMERO . . . . .	13
El comienzo de la batalla	
CAPÍTULO SEGUNDO . . . . .	47
Consecuencia o catástrofe: Hitler en la historia de Alemania	
CAPÍTULO TERCERO . . . . .	61
«¡La guerra está perdida!»	
CAPÍTULO CUARTO . . . . .	89
Puntos finales	
CAPÍTULO QUINTO . . . . .	105
Banquete de la muerte	
CAPÍTULO SEXTO . . . . .	151
La voluntad de sucumbir	
CAPÍTULO SÉPTIMO . . . . .	165
Capitulaciones	
CAPÍTULO OCTAVO . . . . .	195
Ocaso de un mundo	
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	205
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	213

Procedencia de las ilustraciones: © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, págs. 74, 184; © Bilderdienst Suddeutscher Verlag, págs. 18 (izquierda), 37, 87, 122, 126, 138, 139, 181, 192, 202; © Bundesarchiv Berlin, pág. 85; ©Margaret Bourke-White, Time-Pix, intertopics, pág. 200; © Keystone Pressedienst, págs. 28, 66, 147; © Ullstein Bilderdienst, págs. 15, 18 (centro), 58, 77, 83, 116, 156, 168, 174, 199. Por la elaboración de los planos © Peter Palm, Berlín

Título de la edición original:  
Der Untergang. Hitler und das Ende des Dritten Reiches  
Diagramación: Domingo Romero  
Diseño de sobrecubierta: Elsa Suárez

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037 Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición en este formato: febrero 2013

© Alexander Fest Verlag, Berlín, 2002  
© Carmen Gauger, por la traducción, 2003  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2003  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2003

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B. 16777-2012  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-14-8  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5196-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)